

Transformación

Por Mónica Sardiña Molina
Ilustraciones: Martirena

Después de calzarse los zapatos a prueba de caminatas con extensión incierta y sorpresas en el terreno, se protegió con gorra y mangas largas para mitigar las «caricias» del sol, guardó en la mochila una merienda que serviría de almuerzo y salió bien temprano, como cada mañana, con el propósito de sanar almas.

La indagación en la escuela por los estudiantes cuya conducta o situación académica y familiar inquieta a los profesores, el intercambio con los beneficiarios del Sistema de Atención a las Familias (SAF), la preocupación por la vitalidad de los servicios; el seguimiento a los núcleos en estado de vulnerabilidad, a personas adultas mayores o en situación de discapacidad, embarazadas y madres con múltiple descendencia; el acompañamiento a víctimas de violencia, la atención a los desvinculados del estudio y el trabajo; la labor educativa con niños, adolescentes y jóvenes; el diálogo con los vecinos que le salen al paso, con el delegado de circunscripción y otros líderes de la comunidad, directivos de entidades y representantes de las organizaciones políticas y de masas, entre otras muchas tareas invisibles, le aprietan la agenda y el reloj, pero le expanden la sensibilidad, las ganas de ayudar y el ansia transformadora.

Este podría ser el día a día de Veidys Cabrera González, quien se incorporó al Programa de Trabajadores Sociales, junto a una amiga, cuando no tenía una vocación definida, sin saber que se convertiría en su profesión, y actualmente se desempeña como jefa del Departamento de Asistencia Social en el municipio de Encrucijada.

Hoy, lidia con múltiples desafíos relacionados con la búsqueda de la intersectorialidad, para articular un sistema de prevención social eficiente que permita identificar los problemas, trabajar con las familias y prevenir sus conductas y modos de actuación; despojar la mentalidad asistencialista y lograr que los ciudadanos sean capaces de reconocer sus principales problemáticas y qué requieren para su transformación social en el entorno comunitario.

También podría ser la rutina de Dashiel Espinosa Hernández —graduado en la Escuela de Formación de Trabajadores Sociales de Villa Clara Abel Santamaría en el 2007—, quien ha transitado desde la labor en una circunscripción hasta la subdirección de Trabajo y Seguridad Social, en Remedios.

En las comunidades donde actúa —algunas de ellas pertenecientes al Plan Turquino Bamburanao— tiene bien identificadas y caracterizadas las problemáticas sociales, el liderazgo (positivo y negativo), las instituciones, los servicios que se prestan y los que están carentes. Dedicó especial atención a la desvinculación laboral, el trabajo informal, el alcoholismo o la presencia de bebedores sociales, y trabaja, junto a los grupos de prevención y otros actores institucionales, en aras de contribuir a la superación de dichas problemáticas.

UN EJÉRCITO POR COMPLETAR Y PREPARAR

Durante la rendición de cuenta de la gobernadora villaclareña ante el Consejo Provincial del Poder Popular, en diciembre de 2024, Yaniris Hernández Vento, vice ministra primera de Trabajo y Seguridad Social, identificó el completamiento de la plantilla de trabajadores sociales como el principal desafío de Villa Clara en cuanto a la política social y los mecanismos de focalización y protección de las personas en situación de vulnerabilidad.

«Es la provincia con más bajo completamiento de la plantilla en el país: de 1517 plazas aprobadas, solo el 70 % están cubiertas y hay más de 400 circunscripciones sin trabajadores sociales», detalló.

Menos de un mes después, el pasado 21 de enero, el tema fue objeto de análisis en la reunión del Buró Provincial del Partido, donde se expuso que la plantilla se encontraba cubierta al 55 %.

Más cualitativo que cuantitativo debe ser el enfoque desde el cual se articula el trabajo social en Cuba, pues no basta con asegurar la presencia de uno en cada circunscripción si su quehacer no está a la altura de las demandas del entorno en el cual se desenvuelve. Hacia esa dirección se orientan todos los espacios de formación y superación en el territorio.

De acuerdo con María Dolores Castro González, directora del Instituto Provincial de Estudios Laborales (IPEL), desde el 2023 se imparten cursos elementales para dotar de herramientas necesarias a los recién incorporados a tan humana labor.

Para extender la capacitación fuera de la cabecera provincial, trabajadores sociales con mayor experiencia

y habilidades para comunicar se desempeñan como facilitadores en cada uno de los municipios, luego de recibir la asesoría de profesores del Departamento de Sociología de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas (UCLV).

«Rectorado por el propio departamento, se imparte el Técnico Superior en Trabajo Social, que en su primera edición fue exclusivo para Santa Clara, y ahora se abrió en todas las localidades, excepto en Cifuentes, Camajuaní y Manicaragua, donde los centros universitarios municipales (CUM) no contaban con el claustro necesario para asumir la docencia», refirió Castro González.

Los primeros graduados del Técnico Superior pueden elevar su preparación mediante la Licenciatura en Trabajo Social, que comenzó a impartirse en la UCLV este curso escolar.

Además, la colaboración con el Ministerio de Educación para la formación y desarrollo de la fuerza de trabajo calificada mediante la enseñanza técnico-profesional permitió abrir el Técnico Medio en Trabajo Social para estudiantes egresados de 9.º grado en toda la provincia.

Como otros espacios de superación, la directora del IPEL destaca los talleres anuales dedicados a socializar las mejores experiencias, desde los consejos populares hasta el nivel nacional, convocados en los municipios entre los meses de febrero y abril, y en la provincia, para mayo.

HACIA LA PROFESIONALIZACIÓN

En el libro *El trabajo social. Su aporte a la emancipación humana*, un colectivo de profesores-investigadores del Centro de Estudios Comunitarios (CEC) de la UCLV expone que el trabajo social constituye disciplina científica y profesión, pues le corresponde tanto la construcción de saberes, teorías y métodos como su aplicación.

Según los autores, el trabajo social se centra en el estudio de las regularidades y contradicciones entre las necesidades sociales de individuos o colectivos y las respuestas institucionales —asociadas a las políticas públicas y los servicios— para su satisfacción.

Si se aspira a un desarrollo humano sostenible, habrá que lograr la participación popular para satisfacer, además de las necesidades materiales, las de índole cultural y espiritual. En tal sentido, la preparación de personas, familias, colectivos laborales o comunidades necesitados de apoyo social, así como de instituciones implicadas en darles respuestas, no solo debe centrarse en la solución de los problemas, sino también en la prevención.

Otro encargo del trabajo social consiste en potenciar la conciencia de los ciudadanos sobre situaciones que generan malestares y no siempre se cuestionan porque las consideran normales, y estimular proyectos con enfoque de autodesarrollo, de manera que favorezcan estrategias organizadas, solidarias, participativas, críticas, democráticas y revolucionarias.

Convertir a los individuos y colectividades en sujetos de cambio, capaces de encarar y transformar la realidad para elevar su calidad de vida, exige trabajar con la persona y no con los problemas, poner énfasis en el contexto y superar lógicas asistencialistas o paternalistas.

«Si atribuimos al trabajo social la máxima de promover la conversión en sujetos de aquellos que hoy son considerados objetos de la asistencia y el control social, necesariamente ese trabajador social tiene que autotransformarse, como parte del proceso que está conduciendo», aseguró la Dra. en Ciencias Sociológicas Idalsis Fabrè Machado, investigadora del CEC.

La profesionalización de los trabajadores sociales constituye uno de los desafíos en el contexto cubano actual. Para Celia Marta Riera Vázquez, también Dra. en Ciencias Sociológicas e investigadora del CEC, no solo implica la formación en aulas universitarias, sino también un estatus institucional que legitime su condición como mediadores por excelencia en la transformación social.

«Se trata de una actividad que no admite improvisación. El trabajador social no puede quedarse con el diagnóstico de problemáticas sociales, tiene que comprenderlas como manifestaciones de un todo preñado de contradicciones, que deben ser develadas y tratadas en la práctica. El trabajador social profesionalizado no es un operario, sino un profesional que piensa, proyecta, planifica, conduce, acompaña procesos de transformación, para superar críticamente las prácticas sociales que generan exclusión y que conducen a grupos y personas a situaciones de vulnerabilidad», amplió la investigadora.

